

JOSÉ VARELA ORTEGA

ESPAÑA

UN RELATO DE
GRANDEZA Y ODIO

Entre la realidad de la imagen
y la de los hechos


ESPASA

ÍNDICE GENERAL

DEL CÓMO Y PORQUÉ DE ESTE LIBRO	13
INTRODUCCIÓN	21

PRIMERA PARTE

ADMIRACIÓN Y CONFRONTACIÓN: EL ESPAÑOL MILITANTE (1479-1680)

I. ADMIRACIÓN E IMITACIÓN: EL PRESTIGIO DE LO ESPAÑOL ..	59
1. Arte y arquitectura	62
2. Modas, maneras, estilos, etiqueta y protocolo	75
3. Literatura, sabiduría y filosofía, y lengua	80
4. Una cultura universal e internacional	101
5. España, <i>stupor mundi</i> : profecías bíblicas e imperio di- nástico	111
6. Granada y el fin de la Reconquista	131
7. La aventura americana: navegación y ciencias del mar	148
8. La batalla del Atlántico: piratas y convoyes	222
9. El Ejército y los valores de una época	288
II. CONFRONTACIÓN: LITERATURA DE COMBATE E IMAGEN NEGATIVA	311
10. Leyendas negras, capacidad proteica para rebrotar, complejos propios y dobles varas de medir	312
11. Leyendas grises y guerras de papel	327

12. De la crueldad y codicia de los españoles: la «furia española» en asedios, conquistas y conquistadores	337
13. La imagen de la crueldad española en la <i>Destrucción de las Indias</i> : ¿genocidio o mestizaje?	360
14. Fanatismo, superstición, intolerancia e hipocresía	408
15. Orgullo, altivez y soberbia	420
16. La <i>cupiditas regnandi</i> en la profecía de una monarquía universal	448
 III. UNA COLECCIÓN DE ANTÓNIMOS PARA LA CARACTERIZACIÓN DEL ESPAÑOL MILITANTE	 471

SEGUNDA PARTE

IMAGEN CRÍTICA Y CONTRAEJEMPLO: LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPAÑOL INDOLENTE (1680-1780) Y DECADENTE (1880-1920)

17. Derrotas y victorias en la realidad de la imagen y en la de los hechos	481
18. Libros auténticos e inventados al servicio de una imagen	484
19. La condena filosófica de España: un país atrasado, supersticioso y enemigo del progreso	487
20. Los mismos sustantivos con opuestos adjetivos peyorativos	489
21. El antiamericanismo de ilustrados y liberales	505
22. España: una imagen ausente de una historia errada ...	518
23. <i>L'homme véridique</i> : nuevos viajeros, menos ilustrados, pero mejor informados	548
24. La condena de los <i>philosophes</i> : de la Ilustración al positivismo	558
25. La raza y el supuesto condicionamiento biológico de los países latinos: inadaptación y degeneración	568
26. La sombra del franquismo es alargada	585

TERCERA PARTE

LA IMAGEN ROMÁNTICA Y EMOCIONAL: LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPAÑOL APASIONADO (1780-1860)

27. El mismo arte y la misma arquitectura bajo otras miradas	599
28. Guerra y revolución en el mercado del arte	606
29. El saqueo de España: difusión y moda del arte español	610
30. La moda española: el protectorado artístico español de la monarquía orleanista y las subastas londinenses	625
31. España, sinónimo del Romanticismo	638
32. 1808: <i>the Cause of Spain</i> , en las calles y en los romances	643
33. El Romanticismo	658
34. La guerra de los pueblos (I): España como modelo exhortante	666
35. La guerra de los pueblos (II): guerrilla y guerrilleros	690
36. El precio del heroísmo romántico: una imagen lisonjera para un resultado catastrófico	722
37. Los desastres de la guerra, o el origen del subdesarrollo español	727
38. <i>Los héroes de la escena española</i> : guerrilleros y bandoleros, contrabandistas y toreros	738
39. Las imágenes de la mujer española: el mito de Carmen frente a la Inmaculada	752
40. A la búsqueda de diferencias y orígenes	769
41. La España oriental y exótica	774
42. Vista al sur: toda España es Andalucía	785
43. En busca de la originalidad, las diferencias y el arcaísmo	797
44. Guardianes de lo pintoresco	826

CUARTA PARTE
COINCIDENCIAS Y VARIACIONES
EN EL ESTEREOTIPO

I. IMÁGENES COINCIDENTES EN VALORACIONES CAMBIANTES	865
45. Arcaísmo y exotismo	866
46. La religiosidad hispánica: Inquisición y Reconquista ..	867
47. La idealización del «pueblo» español: bajo el síndrome de la hidalguía	946
48. Fabricando al «español» de una colección de antónimos .	958
49. Valoraciones cambiantes en torno a los dos estereotipos principales	960
II. DIACRONISMOS	973
50. Italia	974
51. España en el origen diferenciado de los Estados Unidos	977
52. No hay romanticismo en la mirada de la América hispana	988
III. CONSECUENCIAS DE UNA ECONOMÍA DEL ESTEREOTIPO:	
PRECIO, COSTES Y RÉDITOS DE UNA IMAGEN FUERTE	1007
53. Napoleón apuesta con imágenes en lugar de informes	1008
54. Iberos y eslavos	1012
IV. ¿HAN CAMBIADO LAS IMÁGENES?	1033
55. Una lucha contra fantasmas gigantes	1034
56. Pensar todavía con la boina de Hemingway	1039
57. Desde 1992, no todo es <i>fiesta y siesta</i> : expectativas inesperadas que modernizan la imagen	1042
58. La «verdadera España» no existe	1046
EPÍLOGO: EPPUR [NON] SI MUOVE	1047
ÍNDICE ONOMÁSTICO	1051
CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS	1075
SUMARIO	1079

DEL CÓMO Y PORQUÉ DE ESTE LIBRO

En realidad, este libro pretende ser *un intento de aproximación a la imagen de España en el extranjero o a la historia del estereotipo: entre el español militante y apasionado y el español indolente y decadente, y se desarrolla entre los siglos XV al XXI*. Pero mi editora me ha vedado este título. Ni siquiera me lo admite como subtítulo: ¡qué le vamos a hacer! Dicho lo cual y cumplida la pena de titulación, lo que este escrito pretende es lo que acaba de ser enunciado en estas primeras palabras.

En todo caso, el ensayo que sigue a continuación tiene ya su tiempo. Mucho tiempo. La vida académica y profesional («fundacional», sería apropiado decir en mi caso) me ha llevado a dar muchos tumbos fuera de España; a vivir y a trabajar, a veces bastantes años, en otros países. Pero, como tantas ideas de naturaleza intelectual, el «gusanillo» de la curiosidad por el qué dirán «otros» sobre los españoles me lo contagió uno de mis maestros en Inglaterra, Joaquín Romero Maura. Hace casi medio siglo, recibí una cariñosa postal suya desde Washington, donde se reproducía un cuadro de Manet, conservado en la Phillips Collection, y llamado Ballet Espagnol: en realidad, una escena de baile popular español (andaluz), de moda en los escenarios europeos desde 1830. Por eso, el autor de *La Rosa de Fuego* —libro y espejo por el que nos mirábamos todos los que entonces iniciábamos en Oxford nuestra vida académica— añadió la siguiente apostilla irónica: «¿Para qué viajar, si siempre nos encontramos con lo mismo?». Y aunque, por aquellos años, andaba yo dándole muchas más vueltas a Lewis Namier y a las estructuras de la política clientelar ochocentista que a

los arrebatos de William Beckford o Giacomo Casanova por el baile español, casi desde entonces empecé a coleccionar lecturas, notas e ilustraciones sobre el tema de la imagen de España; reiterada, pero distraídamente, y sin sistema ni propósito concreto.

Por fin, años más tarde, entre 1987 y 1989, le di cierta forma académica elemental al tema en unas conferencias que impartí en el Instituto Di Tella de Buenos Aires y en El Colegio de México, y, con algo más de detalle, en unos cursos de doctorado en la Universidad de Valladolid y en el Instituto Universitario Ortega y Gasset. En los años noventa (también del siglo pasado), ensayé una prueba de resistencia, en lógica y coherencia, con una versión inglesa, y un público académico mayormente angloamericano, en las universidades de Notre Dame (Indiana), Rice (Texas), Georgetown, y en la Library of Congress, de donde saqué más dudas estimulantes que respuestas concluyentes. Con ocasión de la Expo de Sevilla del 92, promocioné y dirigí un congreso de varios días y multitud de participantes sobre la imagen de España en el extranjero, que me dejó el vértigo de la diversidad de países, periodos y temas de asunto tan inabarcable. Algo de aquello se rescató hace menos de tres años en una publicación (editorial Fórcola) apoyada por Jaime García Legaz desde la Secretaría de Estado de Comercio (dentro de un ambicioso y, en mi opinión, sugerente programa sobre la imagen de España, que su sucesora en el cargo, naturalmente, se apresuró a cancelar). Y, poco antes, hace cosa de cuatro años, mi discurso de recepción en la Academia de Historia de la Argentina (una versión en castellano de lo que había redactado en inglés para unos cursos en Estados Unidos) me sirvió de pretexto para estructurar algo parecido a la presente «Introducción».

Pero ahí estaba la trampa intelectual. Porque una cosa es un guion, y otra muy distinta desarrollar un ensayo que se tenga en pie; sobre todo, en torno a interpretaciones basadas en estereotipos. Interpretaciones en las que uno no cree, salvo —que no es poco— en la medida que sí lo han creído, desde hace siglos, millones de personas, y lo siguen creyendo todavía hoy día. Representaciones que, por elementales y primitivas que sean, por otra parte y como veremos, han tenido y tienen consecuencias. A mayor complica-

ción, es difícil enhebrar un relato coherente sobre pautas que no respetan el propio paradigma filosófico del que parten: la supuesta realidad «rocosa» (*stereós*) que caracteriza como único al «tipo» en cuestión, y desde la cual se supone pueden deducirse y predecirse determinados comportamientos. Pero es el caso que la historia de la imagen de España es la historia de una contradicción en la lógica de sus propios términos filosóficos, en la medida que hay dos estereotipos principales y, además, de naturaleza contrapuesta: *el español militante* (y apasionado), frente al *español indolente* (decadente y hasta degenerado). A mayor abundancia, los tiempos históricos son muy prolongados, más entrecortados y solapados que puntuales y ordenados, y, para mayor complicación, resultan abrumadores: se trata de caracterizaciones que, como en otros países europeos, nacen en el Renacimiento, pero, en el caso de España, llegan muy peraltadas por la exaltación milenarista que rodea a la «recuperación» de Granada (cuyo profundo impacto internacional no hubiera comprendido sin la asistencia del profesor Ladero Quesada) y a la aventura americana. Por fin, es inevitable —por más que, con frecuencia, resulte un ejercicio un tanto melancólico— contrastar la realidad de las imágenes en relación, a veces, frente, a la realidad de los hechos. Y ese es el exclusivo alcance histórico de este relato; no se busque aquí lo que no se pretende: una historia de España al uso. Dicho lo cual, tampoco se me malinterprete: este no es un alegato ideológico (pro o contra leyendas negras o doradas), sino un ensayo de historia profesional¹. Así pues, aquí nada se propone; si acaso, se expone: de modo que —y parafraseando a Pierre Chaunu—, las «fobias» y las «filias» solo me interesan como un objeto curioso de psicología social. Como, además, se trata de un relato plagado de contradicciones, pleno de excepciones, y cuyos periodos, aun cuando marcados en su tipología, con frecuencia se solapan en sus

¹ Ejemplos, aun cuando enfrentados, sumamente interesantes (si bien de muy diversa entidad), pero con un enfoque muy distinto del que aquí se propone en M.^a E. Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Estados Unidos y el imperio español* (Madrid, Siruela, 2016); J. L. Villacañas, *Imperiofilia y el populismo nacional-católico* (Madrid, Lengua de Trapo, 2019).

tiempos, más que a trabajos de un Cíclope —que también—, a uno le parece estar atrapado en el mito de Sísifo con una roca imposible de remontar.

Por eso, nada de todo esto hubiera sido posible sin la generosa ayuda de muchísimos colegas. Son tantos que solo algunos caben en estas páginas, aunque todos estén presentes en mi agradecimiento. Excelentes modernistas, como Ricardo García Cárcel y Luis Ribot, han hecho lo imposible por curarme de la enfermedad del anacronismo, dolencia frecuente entre contemporaneistas. De su ciencia he usado y abusado continuamente, poniendo a prueba su generosa paciencia. En la Sevilla de la Expo del 92, María Victoria López-Cordón nos dejó una espléndida intervención, que me sirve ahora para contrastar la imagen admirativa frente a la literatura de batalla en la España imperial. La imagen de España en la Ilustración no hubiera sido posible sin la tutela de María José Villaverde y el excelente seminario que sobre tan jugoso tema y periodo ha promovido en el Instituto Universitario Ortega y Gasset durante años. Con Shlomo Ben Ami he debatido —y aprendido mucho con dos textos espléndidos— acerca de la imagen romántica de España desde nuestros tiempos de Oxford; y con Tom Burns de la peculiar actitud de los «curiosos impertinentes» del XIX, y algo me ha contado también —aunque menos de lo que yo hubiera querido— sobre la marginación, cuando no persecución, de los católicos ingleses, y sobre España como tierra de misión de los predicadores bíblicos. El profesor Moreno Alonso, de la Universidad de Sevilla, con una generosidad ilimitada, ha puesto a mi disposición sus profundos conocimientos —material bibliográfico inédito incluido— sobre la Guerra de la Independencia, el Romanticismo e hispanismo inglés en tiempos del matrimonio Holland, Blanco White y Richard Ford, personajes, época y temas que conoce como nadie. Sin las enseñanzas de Rafael Sánchez Mantero nunca hubiera entendido la imagen de España en las dos Américas tras la independencia; ni tampoco el impacto de la presencia española en el oeste norteamericano y en la independencia de Estados Unidos sin las referencias que me proporcionó Eduardo Garrigues. Como me advirtió Ricardo García Cárcel, tras una lectura de una

versión primera y primitiva de este tema, con indulgencia tan cariñosa e irónica como conmovedora, el asunto religioso es fundamental; y mi ignorancia al respecto, descomunal. En esto —y en otros muchos aspectos—, la asistencia y ayuda de Jon Juaristi, el último sabio que queda en Europa Occidental, lo mismo que la inestimable ayuda de María Victoria Spottorno y Díaz Caro, con su dominio del griego clásico y vastos conocimientos de las Escrituras, me han llevado a corregir y cambiar buena parte de la orientación de este libro. Gracias a ambos creo haber comprendido el sentido de lo que don Américo llamaba la raíz bíblica de la monarquía hispánica, tanto en Europa como en América.

Sin las sagaces indicaciones de Eloy García en relación a las interpretaciones al respecto de Carl Schmitt («bajito, feo, católico y mujeriego»), no hubiera comprendido la dimensión ideológica (religiosa) de la «batalla del Atlántico»²; y sin el inacabable conocimiento de Fernando Rodríguez Lafuente y Eduardo Torres Dulce de la literatura y cinematografía de aquella confrontación (con la piratería), me habría sido imposible entender su alcance hasta hoy en la imagen de España. Esa misma singladura por el Atlántico me hubiera resultado incomprensible sin las explicaciones de mi primo Juan José Ruiz de Azcárate Varela, oficial de la Armada y avezado navegante a vela, y sin las pacientes puntualizaciones del almirante Fernando Poole: gracias a ambos creo haber entendido los adelantos de los navegantes ibéricos de los siglos xv y xvi, y lo lento y complicado que resultó calcular la longitud. Pedro González-Trevijano, prestándome, por unas horas, su magnífica cabeza, centrada siempre en el Estado, me ha ayudado, de forma decisiva, a seleccionar las ilustraciones que acompañan —y, en buena medida, dan sentido— a la letra de este libro. Luis María Anson ha leído este texto con una atención y detalle solo explicable por su generosidad y cariño: a su portentosa cultura e increíble memoria debo provechosas sugerencias, precisiones y correcciones. Sirvan también estas líneas como recuerdo de Antonio Morales Moya: ya no está entre nosotros, pero me dejó un texto esclarecedor —mecanografiado,

² R. Mehring, *Carl Schmitt. A Biography* (Cambridge, Polity Press, 2014).

que no publicado— sobre la imagen intelectual de España que me ha servido de antorcha en este laberinto³.

Este trabajo hubiera resultado imposible sin la asistencia y colaboración durante meses de Carmen Rodríguez Santos y Rafael Fuentes, en la identificación, precisión de fuentes y en la corrección de su aparato crítico: han sido ellos quienes me han llamado la atención y descubierto multitud de temas y referencias que han mejorado el libro. En los últimos meses y trayecto, Antonio Hualde ha completado el trabajo —e insertado las ilustraciones en su lugar apropiado— con paciencia y dedicación. Y el profesor Carlos Dardé, en otro tiempo discípulo, hoy maestro, lo ha corregido todo con la meticulosidad que le es propia. La continua asistencia en todo el proceso de Jorge Magdaleno, Carmen Ibáñez y María Luisa Fernández, bibliotecarios de la Fundación Ortega-Marañón, ha sido inestimable, y el apoyo informático de David Saiz y Jonatan Infantes, imprescindible. El libro se ha editado gracias a la dirección, tenacidad y determinación de Ana Rosa Semprún, y aparece aseado por obra de la profesionalidad y buen hacer de Lola Cruz y Loida Díez. Como de costumbre, Brenda Shannon, mi asistente desde siempre, ha estado presente también en este, como en todos mis trabajos, inexplicables sin su apoyo y asistencia. Por fin, mi mujer, Carmen Spottorno, ha leído, corregido y aligerado el texto con la dedicación y el buen sentido que le caracterizan. Los errores y carencias, naturalmente, son de mi propia cosecha.

He procurado encastrar lo que son relaciones y testimonios en el propio discurso y relato (y destacar en *cursiva* los testimonios de los protagonistas, para diferenciarlos de opiniones o conclusiones de los profesionales actuales, que van «entrecorilladas»), al objeto de que el lector interesado, pero no especializado, pueda seguirlo sin bajar la vista a las notas: una tarea particularmente complicada en un relato donde aparecen tantas circunstancias y personajes

³ A. Morales Moya, «Orígenes del hispanismo: Inglaterra, Francia, Estados Unidos», conferencia en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 7/VIII/2008. Texto en parte glosado en *Historia de la nación y del nacionalismo español* (Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 2013), capítulo VI (epígrafe sexto).

desconocidos que requieren presentación. He renunciado a realizar un ensayo bibliográfico: su construcción profesionalmente solvente, en tema tan diverso y polifacético como este, habría recargado un libro ya de por sí voluminoso, y, para hacer una chapuza, prefiero abandonar el intento.

He dejado para el final del libro —y de esta introducción— la referencia a mi maestro, Raymond Carr. No hace tantos años, y poco antes de morir, le hicimos en el College, y en su honor, una especie de seminario-*Festschrift* como homenaje. Mi *paper* consistió en un avance de lo que sigue a continuación en esta introducción. Creo que a él le divirtió, y a mí me ayudó, porque continuamos un debate sobre el tema muy estimulante. Raymond, que despreciaba intelectualmente los análisis sobre historia española basados en la noción del *Spanishness*, o la singularidad del «españolismo», guardaba una distancia higiénica con los infinitos relatos de viajeros, con frecuencia pacientes de esa dolencia, hoy tan habitual desde que el tribalismo nacionalista ha sido blanqueado por la izquierda. Y fue él quien me alertó sobre la referencia de Wittgenstein con la que propiamente comienza mi libro.